

ra asegurar el reembolso de los adelantos, y al mismo tiempo atender, en interés del crédito mexicano, el pago regular de los vencimientos de la deuda contratada por los empréstitos de 1864 y 1865.

Que el Gobierno del Emperador había pensado, que la combinación *más sencilla y menos onerosa* para el mexicano, sería la de entregar á comisionados franceses "la administración de las Aduanas de Veracruz y Tampico, ú otras que se creyeran convenientes," cediéndose la mitad de sus productos, de los que se destinarían una parte al pago de los intereses al 3 por ciento de los créditos franceses, cuyo capital se valuaba en 220 millones, y el resto quedaría como garantía parcial de los réditos que debían percibir los tenedores de títulos de los referidos empréstitos de 1864 y 1865.

"Administradas por nosotros, decía el Ministro, con el debido celo dichas Aduanas, debe esperarse que produzcan aún recursos importantes, después de cubiertas las obligaciones que indicamos. Debe Ud., pues, convenir con el Gobierno de México los arreglos necesarios, á fin de que dicha delegación nos sea regularmente conferida."

Y concluía así:

"Ultimados estos conciertos, y protegidos debidamente los intereses franceses, el Gobierno del Emperador no dejará de manifestar, como hasta aquí, de la manera más eficaz, todas las simpatías que inspiran á S. M. la persona del Soberano de México y la empresa generosa á que se ha consagrado. Encargo á Ud., Sr. Ministro, que dé en nombre de S. M. estas seguridades al Emperador Maximiliano."

La insidiosa y procaz diplomacia napoleónica se revelaba de manera siniestra ante los ojos espantados del Archiduque, que hasta entonces había vivido en una atmósfera de ilusiones, y á quien se humillaba de manera tan escandalosa, violando descaradamente el Tratado de Miramar, y pretendiendo la entrega á empleados franceses, de los principales y casi únicos recursos con que contaba para subsistir, y ello, por medio de esa *operación sencilla y menos onerosa*, consistente en apropiarse las Aduanas mencionadas, ú otras que se creyese conveniente, para ceder sus productos á la rapacidad insaciable de su *grande y buen amigo*.

Había llegado la época, para Napoleón, de arrojar la máscara hipócrita con que hasta ahí había encubierto aviesas intenciones y criminales proyectos: necesitaba llegar al fin: *desembarazarse de todos los*

compromisos para con México, y retirar las tropas sin tomar en consideración el tratado ajustado con Maximiliano, como dijo M. Moustier algunos meses más adelante al Ministro de los Estados Unidos en París, aunque agregando *que tan pronto como pudiera hacerse con dignidad y con honra*.

La suerte del Imperio estaba echada, y su existencia era cuestión de tiempo, mas antes de continuar nuestro relato debemos informar á los lectores, de lo siguiente:

Percibiendo Maximiliano, aunque vagamente, el rumor de la tempestad que se acercaba de manera tan amenazadora, dispuso que el Comandante Loysel, empleado en el Gabinete particular, marchase á Europa llevando á Napoleón un Informe de lo que pasaba en México; Informe que, como es de suponer, no dió ningún resultado plausible, pues el monarca francés estaba muy al tanto de lo que pasaba en nuestro país:

A la vez, por medio de una carta muy zalamera, hizo venir á México al célebre Don José Hidalgo, que tanta participación tuvo en la farsa del Imperio, según hemos visto en el curso de esta obra, y que desempeñaba el puesto importante de Ministro Plenipotenciario del Archiduque cerca de la Corte de las Tullerías. El objeto principal de esa venida era, que el diplomático mexicano juzgase de la situación por sí mismo, y volviese á París á desmentir el que esa situación era mala, pues Maximiliano, por un exceso de amor propio, no podía tolerar el que se dijese la verdad.

Hidalgo llegó á Veracruz el mes de Enero, y el 15 del mismo asistió á la recepción que dió el Archiduque al Cuerpo Diplomático y á las autoridades que acudieron á darle el pésame por la muerte de Leopoldo de Bélgica. En ese acto, y haciendo un alarde pueril de fanfarronería, dijo en su discurso: "Habéis podido observar la calma que conservo en medio de las calumnias que se han levantado contra nosotros en el extranjero: adelante señores, las calumnias pasarán y nuestras obras quedarán."

Maximiliano recibió bien á Hidalgo: le dijo que en aquella entrevista, "no había ni Soberano ni Ministro, sino los dos amigos de Miramar;" que le manifestara la verdad de lo que pasara sin ocultarle nada absolutamente; que le expusiera francamente la impresión que le hubiera causado el estado de la sociedad y el de la cosa pública.

“Había encontrado Hidalgo á la sociedad honrada, dice Arrangoiz, casi unánime en sus quejas contra Maximiliano, particularmente á los monárquicos verdaderos, que se dolían de que S. M. se *hubiera separado* de la política conservadora y de los hombres que la representaban, que se manifestaban ofendidos de que S. M. se burlara de las personas más dignas y respetables, delante de mexicanos y de extranjeros aventureros que eran conocidamente hostiles al Imperio y al catolicismo, aunque de ellos se rodeaba S. M. No era la Emperatriz la que menos se servía en cartas y conversaciones, del injurioso epíteto con que designaban los republicanos á los conservadores al hablar S. M. de personas respetabilísimas, á pesar de que los pobres *congrejos fueran buenos y se hubieran codeado con los republicanos rojos*, en el baile que dieron S.S. M.M. en Puebla, en Junio del año anterior, según escribía la Emperatriz misma.”

Cuando Hidalgo se cercioró del espíritu que reinaba en la sociedad, dijo al Emperador: “que la verdad no entraba en su Palacio; que le engañaban los que le decían que la situación era muy buena y que todos estaban satisfechos: que había un descontento general; de desconfianza en el porvenir; que había desaparecido completamente el entusiasmo de los primeros días; que todos convenían en que S. M. estaba rodeado de juaristas, de enemigos del Imperio y de la Francia; que empleos y puestos delicados se confiaban á gentes que conspiraban á la luz del día; que todas las familias, todo lo que legítimamente formaba la sociedad de un país, vivía consternada, porque la mala inteligencia con el Mariscal Bazaine se traducía por la retirada de las tropas y del apoyo de la Francia, y muchas familias hablaban de emigrar: que si S. M. quería oír á las personas de confianza, que le indicó, ellas podrían decirle lo que no se habían atrevido á manifestar, por no haber sido interrogadas por S. M.”¹

Mucho preocupaba á Maximiliano la idea de que Napoleón quisiera hacer con él una Convención como la que había hecho con el Papa; pero Hidalgo le contestó “que el estado de la opinión pública en Francia era tal, que creía que en el próximo discurso al Cuerpo Legislativo, Napoleón haría una alusión á la retirada del ejército,” lo cual hizo en efecto, según acabamos de ver.

¹ Arrangoiz.—Obra citada.—Parte 3ª.—Página 71.

“No hay que hacerse ilusiones, señor, añadió Hidalgo, amigos y enemigos de Napoleón, todos desean la vuelta del ejército francés.” Bien lo veo, respondió Maximiliano; y á lo que dijo Hidalgo sobre el disgusto que observaba en la sociedad mexicana, y lo que en ella se hablaba: *Eso se dice de todos los gobiernos*, replicó con marcado desdén.

Maximiliano se marchó á Cuernavaca, llevando consigo á Hidalgo: allí le manifestó su resolución de cambiar de política, y su deseo de que le indicara algunas de las personas á quienes sería conveniente ocupar; á lo cual se negó Hidalgo, alegando que su ausencia del país por más de 18 años, hacía que aquéllas le fuesen desconocidas; pero que él opinaba que se debía adoptar una marcha, de acuerdo con la Francia, removiendo la desconfianza que existía en contra de esa nación, planteando una política liberal y conservadora, expansiva y de conciliación; pero no aceptando sin garantías de buena fe y patriotismo, á quienes de la noche á la mañana se presentaban á ocupar los puestos públicos.

Maximiliano quería hacer creer, no obstante sus antecedentes liberales, que trataba de acercarse al partido conservador, en prueba de lo cual pidió á Almonte una lista de los individuos que le pareciera convenientes para formar el nuevo Ministerio; lista que aquél no le dió, porque según expuso á varios de sus amigos, temía que el Soberano la enseñara á sus Ministros, y que éstos persiguieran á los candidatos.

La marcha política que se indicaba al Archiduque, era más que utópica, era irrealizable; los elementos divergentes y antagónicos de que se componía su administración híbrida, jamás llegarían á ponerse de acuerdo, y menos tratándose de la Francia, cuya conducta de su monarca, falsa y desleal, impedía todo arreglo y toda buena inteligencia, siendo imposible, por lo mismo, la adopción de un sistema que ofreciera tantos inconvenientes, no sólo para un Gobierno tan falto de prestigio, de unidad de miras y de vitalidad, sino para cualquier poder humano.

No queriendo Maximiliano que Hidalgo volviera á la Embajada de Paris, lo comisionó para que, en unión del Lic. Don Teodosio Lares, hiciera un Tratado de Comercio y Navegación con la Francia, teniendo en consideración las *buenas relaciones* que unían á los dos países. Ni uno ni otro aceptaron la comisión, y antes por el contrario,

Hidalgo envió su renuncia de la Legación el 28 de Febrero, la cual le fué aceptada inmediatamente, en cuya virtud abandonó para siempre un país al que sirvió tan mal, cooperando de cuantas maneras pudo á la implantación del llamado Imperio, que lo abandonó completamente, haciendo Maximiliano, además, publicar un artículo en periódicos franceses, desnaturalizando de modo poco lisonjero para Hidalgo las causas de su renuncia.

¡Justo y merecido castigo de un hombre, que á mayor abundamiento de su pésima conducta en el extranjero, conspirando siempre contra la libertad é Independencia de la República, renunció su nacionalidad mexicana, trocándola por la española!

En el vapor inglés que salió de Veracruz el 2 de Marzo se embarcó para Europa M. Eloin, enviado por Maximiliano con una misión secreta; y éste que se hacía la ilusión de que el Gabinete de Washington le reconociera, hacía publicar en el "Diario Oficial," correspondiente al mencionado día, un artículo en el que se manifestaba, "que el Presidente Johnson había abandonado toda idea de sostener la doctrina Monroe, de que se había hablado tanto, y que con su sanción estaban madurándose lenta y firmemente los proyectos para el reconocimiento del Gobierno Imperial de México por el de los Estados Unidos."

Ilusiones y no más que ilusiones de un príncipe soñador, eran esos quiméricos proyectos de reconocimiento que *lenta y firmemente se estaban madurando*, pues en carta de 12 de Febrero de 1866, dirigida por Mr. Seward al Marqués de Montholon, Ministro de Francia en Washington, se encuentra entre otros pasajes, el siguiente:

".....Los Estados Unidos no han visto ninguna prueba satisfactoria de que el pueblo mexicano haya establecido ó aceptado el pretendido imperio que se sostiene haber fundado en la Capital. Como lo he hecho notar en otras ocasiones, los Estados Unidos son de opinión; que semejante aceptación no puede ser libremente obtenida ni aceptada como legítima en ninguna época en presencia de la invasión del ejército francés. Les parece necesaria la retirada de las tropas francesas para permitir á México que recurra á una manifestación de esta naturaleza. Sin duda que el Emperador de los franceses tiene fundamentos al definir el punto de vista bajo el cual debe resolverse la situación de aquél país; pero no por eso deja de ser el de la Unión aquel

bajo el cual yo le presento. La Unión *no reconoce*, pues, ni *debe continuar reconociendo* en México, sino á la *antigua República*, y en ningún caso puede consentir en comprometerse á lo que implicaría, *ya directa ya indirectamente, tener relaciones* con el Príncipe Maximiliano, instituído en México, ó reconocer á este Príncipe

".....Agregaré á estas explicaciones que, en opinión del Presidente, la Francia *no puede retardar un instante* la retirada prometida de sus fuerzas militares de México.....

No conviniendo á la política de Bazaine la permanencia en el Ministerio de ciertas personas, influyó cerca de Maximiliano para que las separara, en cuya virtud, el 3 del referido Marzo, presentaron su renuncia los Ministros, Ramírez, Esteva, Peza y Robles.

Estos recibieron honrosas distinciones, con harto disgusto del Mariscal, pues á Ramírez se le dieron las insignias de Gran Oficial del "Aguila Mexicana," y los otros tres fueron nombrados comisarios imperiales.

El mismo día se hizo cargo del Departamento de la Guerra el General Don José M. García, del de Fomento Don Francisco Somera; é interinamente del de Estado, Don José Salazar Ilarreguí, y del de Hacienda D. Martín Castillo: los tres primeros eran reconocidos como republicanos moderados.

Hicieronse, además, los siguientes nombramientos:
Comisarios imperiales: Don Domingo Bureau, Don Buenaventura G. Saravia y Don José M. Iribarren.

Comandantes Generales de las divisiones 4ª, 5ª, 7ª y 8ª los de brigada, Don Severo del Castillo, Don Nicolás Portilla, Don Francisco G. Casanova y Don J. Gutiérrez.

Ayudante de campo del Archiduque, D. José López Uruga.
Según hemos expuesto al principio de este capítulo, el año 1866 se presentaba sombrío y amenazador para los imperialistas; por lo que hace á los republicanos, referiremos los siguientes hechos de armas verificados en varios puntos del rumbo de Oriente.

El General Díaz recibió del héroe del Sur, del venerable patriarca de la libertad, Ciudadano Juan Alvarez, los auxilios que fué posible proporcionarle en hombres, armas y municiones. Con esos elementos y con los que ya tenía, atacó el 4 de Octubre de 1865 á Visoso, jefe imperialista, sobre quien obtuvo un importante triunfo. El 13 del